

John H. Elliott, *Haciendo historia*. Madrid: Taurus, 2012. Traducción de Marta Ballcels, 312 págs.

La trayectoria de un historiador viene marcada a veces por una serie de circunstancias que tienen que ver más con la casualidad o con la oportunidad que surge en los inicios de la carrera académica que con la planificación meditada desde los primeros estudios. Raymond Carr ha contado en alguno de sus escritos cómo fue su viaje de novios a Torremolinos lo que le hizo cambiar su ámbito de estudio desde la Historia de Suecia a la Historia de España. John H. Elliott se interesó por la Historia de España cuando, con ocasión de un viaje a nuestro país durante sus estudios universitarios en Oxford, visitó el Museo de El Prado y se sintió atraído por el magnífico retrato del Conde Duque de Olivares pintado por Velázquez. Al comprobar que no podía conseguir mucha información sobre aquel personaje tan imponente y del que manaba tanto afán de poder, decidió indagar sobre su vida, sobre el papel que jugó en la España de su tiempo y sobre las vicisitudes por las que atravesó durante su actuación como valido de Felipe IV. A partir de ahí, se convirtió en un destacado estudioso de nuestra Historia y después de dedicar su esfuerzo como investigador durante muchos años al pasado español ha creído oportuno hacer un balance de sus aportaciones en un precioso libro que bien podría considerarse como una especie de legado para las nuevas generaciones de historiadores.

Haciendo historia, que es el título que se ha adoptado para la traducción española del más expresivo de su edición original inglesa "*History in the Making*", es en realidad un ejercicio de lo que hoy se conoce como "egohistoria". Este tipo de escritos resultan muy útiles especialmente para los que se inician en el oficio de historiador, pero también para todos aquellos que se interesan por las diversas corrientes que presiden actualmente el trabajo de los estudiosos del pasado. Porque la trayectoria de John H. Elliott como historiador es una trayectoria ejemplar, por su rigor, por su honestidad, por su profundidad y por el amplio abanico de registros que abarca en su trabajo como investigador. El libro es una muestra de cómo se pueden decir tantas cosas y tan interesantes en tan escaso número de páginas. La concisión, la claridad y la rara capacidad de síntesis son cualidades que adornan todos los estudios de este historiador. En un formato pequeño y en apenas trescientas páginas, su autor hace en esta publicación un recorrido por sus casi sesenta años de dedicación a la historia y lleva a cabo una reflexión sobre la evolución que ha conocido la historiografía universal en este último medio siglo. Cada uno de los siete capítulos de los que se compone la obra aborda el análisis de las diversas etapas por las que ha atravesado su dilatada carrera.

El primer capítulo del libro está dedicado a explicar el por qué de su interés por la Historia de España. Elliott hace un recorrido por los primeros pasos profesionales que dio en nuestro país cuando inició sus contactos con los escasos estudios y con los pocos historiadores que en los años cincuenta del pasado siglo se dedicaban a la investigación de nuestros siglos XVI y XVII. Su decisión de realizar su tesis doctoral sobre la España de Felipe IV y del Conde Duque de Olivares, le llevó a ponerse en contacto con especialistas

británicos, pero también españoles y hasta con maestros de la historiografía francesa como Fernand Braudel, cuya obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, constituía entonces un modelo casi irresistible para quienes trataban de abrirse camino en el difícil mundo de la investigación histórica. Las orientaciones y los consejos de todos ellos y especialmente los de Jaume Vicens Vives, con quien entró en contacto en Barcelona, le sirvieron para centrar el tema de su trabajo en la Revuelta de los catalanes de 1640. En esta fase de su investigación, Elliott hace referencia a su experiencias en los archivos españoles y particularmente en el Archivo de Simancas, un lugar en el que se encontraba muy a gusto entre los numerosos legajos que le abrían todo un mundo y entre los escasos investigadores que, como Domínguez Ortiz, frecuentaban sus mesas de trabajo y animaban las tertulias después de la intensa jornada en la residencia en la que se alojaban frente al castillo. Una vez culminada esta primera investigación, junto con otros trabajos complementarios, como la espléndida síntesis sobre los siglos XVI y XVII titulada *La España Imperial*, que pronto se convertiría en una obra muy popular entre los estudiantes españoles, el joven historiador británico sería reconocido ya como uno de los más destacados especialistas del momento.

De la historia de España a la Historia de Europa. Elliott dedica el segundo capítulo de su libro a reflexionar sobre la crisis general del siglo XVII europeo y a mostrar la necesidad de ampliar el campo de análisis para mejor entender los fenómenos de carácter local o nacional. La historia transnacional, como llegó a denominarse más tarde este tipo de análisis, ha sido una preocupación que ha presidido el trabajo de Elliott durante todos estos años. En sus propias palabras: “Solo siguiendo la interacción de las personas, las ideas y los sucesos a lo largo y ancho del continente era posible transmitir a los lectores la importancia para los contemporáneos de las cuestiones en juego, captar algo de lo emocionante e imprescindible de la época y sugerir por qué los acontecimientos se desarrollaron como lo hicieron” (p. 90).

La historia política y la biografía es otro de los apartados que Elliott ha cultivado con éxito. Su interés por la figura de Don Gaspar de Guzmán y Pimentel, que fue desde el principio el centro de su atención, le llevó a ir componiendo poco a poco la peripecia vital del personaje. La empresa no resultaba fácil, ya que el archivo personal del conde duque se había perdido a finales del siglo XVIII. Pero su idea de la biografía iba más allá del estudio de las vicisitudes personales y políticas por las que había atravesado desde su nacimiento hasta su muerte. Trató en su estudio de situar al personaje en su época y utilizarlo para llevar a cabo un completo análisis de la política española del momento y de los problemas por la que atravesó la Monarquía en esta etapa tan crucial del siglo XVII mediante la utilización de otro tipo de documentación desperdigada por diversos archivos españoles y europeos. Este enfoque de la biografía, mucho más amplio del que habitualmente estábamos acostumbrados a manejar en España, abría nuevas perspectivas en un momento en que este género cobraba nuevo impulso en nuestro país. Y eso lo explica con su maestría habitual en las páginas que le dedica a otro de los capítulos del libro.

El hecho de relacionar el estudio de la decadencia del Imperio español con la situación de la Gran Bretaña postimperial que a él le tocó vivir en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial pone de manifiesto la preocupación del historiador por llevar a cabo de forma global el estudio de los grandes fenómenos de la humanidad. A Elliott no

sólo le interesa la determinación de las causas de la decadencia, sino cómo habían sentido esa decadencia los contemporáneos y las generaciones que les siguieron sobre las que ese sentimiento había actuado como una losa, acrecentada en nuestro país por el “Desastre” del 98.

¿Cómo fue posible que la etapa de la decadencia coincidiera con el Siglo de Oro en el que la cultura y las artes españolas alcanzaran un extraordinario desarrollo? Esa interrogante dio lugar a una línea de investigación que Elliott desarrolló con Jonathan Brown, uno de los más destacados especialistas en la Historia del Arte español de ese periodo. Su trabajo conjunto es el mejor ejemplo de lo que puede dar de sí la colaboración entre un historiador y un historiador del arte y una muestra más de la inquietud de Elliott por abrir nuevos caminos a la investigación histórica. Fruto de esa colaboración fue la publicación del espléndido libro *Un palacio para el Rey*, en el que ambos especialistas abordaron desde sus enfoques respectivos la reconstrucción del Palacio del Buen Retiro, destruido durante la Guerra de la Independencia. La explicación de lo que es un trabajo conjunto, de los magníficos resultados que puede ofrecer un proyecto de este tipo, situado dentro de lo que hoy se denomina “historia cultural”, constituye un modelo a seguir para quienes quieran ampliar los límites de la historia tradicional.

No podía quedar al margen de este libro un capítulo dedicado a la historia comparada, que Elliott ha cultivado con singular maestría. Aunque confesó con gracejo en alguna ocasión que su estudio comparativo sobre Richelieu y Olivares le proporcionó – como a los espectadores de un partido de tenis – una cierta tortícolis, le dio, no obstante, oportunidad de comprobar la utilidad de aplicar esta perspectiva a los estudios sobre el pasado. Eso le llevó a desarrollar también un estudio comparado, todavía más ambicioso, entre el desarrollo del imperio español al otro lado del Océano y de la expansión británica en la parte norte del continente americano. Los problemas que plantea este tipo de enfoque son objeto de reflexión por parte del autor de estas páginas, el cual se apoya siempre en la experiencia adquirida a través de sus propios trabajos.

En el último capítulo de este libro, Elliott aborda el problema que representa el buscar el equilibrio entre la excesiva especialización de los historiadores en áreas concretas del pasado, lo que resta una visión de conjunto a los resultados obtenidos por éstos, y la excesiva generalización, la cual puede conducir a la falta de precisión y de rigor en la visión de conjunto. Sin embargo, a pesar de sus dificultades, Elliott se muestra partidario de ampliar el marco de referencia de la Historia para llegar a una historia transnacional que sobrepase las fronteras de la tradicional historia nacional. El mismo descubrió que estaba escribiendo historia atlántica cuando abordó el estudio del impacto de América en Europa, con ocasión de la preparación de una serie de conferencias, publicadas después con el título de *El Viejo Mundo y el Nuevo*.

La concatenación de todas estas exploraciones sobre el pasado no es más, en definitiva, que producto de un trabajo continuado y de una constante curiosidad por abrir nuevas vías en la forma de trabajar del historiador que ama su oficio y que no cesa en el empeño de ofrecer una mejor y más cabal explicación de los fenómenos que estudia. Elliott hace referencia en un pasaje de su obra a la diferencia que establecía Le Roy Ladurie entre los historiadores que pueden ser calificados como “paracaidistas”, los cuales enfocan el

pasado con una visión realizada desde las alturas, y los “buscadores de trufas”, más interesados en profundizar sobre fenómenos puntuales a ras de tierra. Pues bien, Elliott es un historiador en cuya obra puede decirse que confluyen esas dos planteamientos. Es una rara cualidad que difícilmente pueden encontrarse en una misma persona. Pero así es: junto a su rigor en el tratamiento de los detalles de los asuntos que aborda en sus estudios – su obra *La Revuelta de los catalanes* es “el estudio más meticuloso sobre un solo acontecimiento en toda la historiografía de la España moderna”, en palabras de Raymond Carr –, encontramos su constante preocupación por una visión de conjunto que nunca nos haga perder la perspectiva global en la que hay que encajarlos. En cuanto a su aportación al conocimiento de la Historia de España, además de sus estudios puntuales y generales, debemos agradecerle a John Elliott la apertura de unos horizontes por los que los historiadores españoles nos resistíamos a aventurarnos. Estábamos complaciéndonos demasiado en la particularidad y la excepcionalidad de nuestro pasado, cuando en realidad esa excepcionalidad no era más que producto de nuestro ensimismamiento y no hacía falta más que alzar la mirada más allá de nuestras propias fronteras para darnos cuenta de que la Historia de España no es ni más ni menos excepcional que la Historia de cualquier otro país de su contexto occidental. Aunque a él no le guste que se le adscriba a la categoría de “hispanista”, no cabe duda de que su visión de nuestro pasado desde fuera ha contribuido, y mucho, a que nuestra historia se sacuda ese complejo diferenciador que la caracterizó durante tanto tiempo. En esta obra magistral, se resume la ciclópea labor que en este sentido ha realizado John H. Elliott a lo largo de su amplia carrera como investigador de largo alcance. Entre las páginas del libro, magníficamente traducido por Marta Ballcells, se incluye también un puñado de interesantes fotografías que ilustran algunos momentos de la vida y de la obra del autor.

Rafael Sánchez Mantero
Universidad de Sevilla (España)
mantero@us.es

Fecha de recepción: 21 de marzo de 2013

Fecha de aceptación: 12 de abril de 2013

Publicado: 15 de junio de 2013

Para citar: Rafael Sánchez Mantero, “John H. Elliott: *Haciendo historia*, (Traducción de Marta Ballcells) Madrid, Taurus, 2012, 312 pp.” *Historiografías*, 5 (enero-junio, 2013): pp. 118-121,

http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/5/mantero_res.pdf